

«Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena» (Jn 19, 25). Por una vez, pongamos aparte a María, su Madre. Su presencia en el Calvario no requiere de explicaciones. Era «su madre» y esto lo dice todo; las madres no abandonan a un hijo, aunque esté condenado a muerte. ¿Pero por qué estaban allí las otras mujeres? ¿Quiénes y cuántas eran?

«Había también

Los evangelios refieren el nombre de algunas de ellas: María de Magdala, María -la madre de Santiago el menor y de Joset-, Salomé -madre de los hijos de Zebedeo-, una cierta Juana y una tal Susana (Lc 8, 3). Llegadas con Jesús de Galilea, estas mujeres le habían seguido, llorando, en el camino al Calvario (Lc 23, 27-28), ahora en el Gólgota observaban «de lejos» (o sea, desde la distancia mínima que se les permitía) y en poco tiempo le acompañan, con tristeza, al sepulcro con José de Arimatea (Lc 23, 55).

Este hecho está demasiado comprobado y es demasiado extraordinario como para pasar por encima de él apresuradamente. Las llamamos, con una cierta condescendencia masculina, «las piadosas mujeres», pero son mucho más que «piadosas mujeres», ¡son igualmente «Madres Coraje!» Desafiaron el peligro que existía en mostrarse tan abiertamente a favor de un condenado a muerte. Jesús había dicho: «¡Dichoso aquél que no halle escándalo en mí!» (Lc 7, 23). Estas mujeres son las únicas que no se escandalizaron de Él.

Se discute vivamente desde hace algún tiempo quién fue el que quiso la muerte de Jesús: los jefes judíos o Pilato, o los unos y el otro. Una cosa es cierta en cualquier caso: fueron los hombres, no las mujeres. Ninguna mujer está involucrada,



Estas mujeres son las únicas que no se escandalizaron de Jesús.

tampoco indirectamente, en su condena. Hasta la única mujer pagana que se menciona en los relatos, la esposa de Pilato, se disoció de su condena (Mt 27, 19). Es cierto que Jesús murió también por los pecados de las mujeres, pero históricamente sólo ellas pueden decir: «¡Somos inocentes de la sangre de éste!» (Mt 27, 24).

Éste es uno de los signos más ciertos de la honestidad y de la fidelidad histórica de los evangelios: el papel mezquino que hacen en ellos los autores y los inspiradores de los evangelios y el maravilloso papel que muestran las mujeres. ¿Quién habría permitido que se conservara, con memoria imperecedera, la ignominiosa historia del propio



Las mujeres habían seguido a Jesús por Él mismo, por gratitud del bien de Él recibido, no por la esperanza de hacer carrera después.

algunas mujeres»



miedo, huida, negación, agravada además por la comparación con la conducta tan distinta de algunas pobres mujeres; quién, repito, lo habría permitido, si no hubiera estado obligado por la fidelidad a una historia que ya se mostraba como infinitamente mayor que la propia miseria?

Habían amado mucho

Siempre ha surgido la cuestión de cómo es que las «piadosas mujeres» son las primeras en ver al Resucitado y a ellas se les dé la misión de anunciarlo a los apóstoles. Éste era el modo más seguro de hacer la resurrección poco creíble. El testimonio de una mujer no tenía peso alguno. Tal vez por este motivo ninguna mujer aparece en el largo elenco de quienes han visto al Resucitado, según el relato de Pablo (1 Co 15, 5-8). Los propios apóstoles, respecto a las primeras, tomaron las palabras de las mujeres como «un desatino» completamente femenino y no las creyeron (Lc 24, 11).

Los autores antiguos creyeron conocer la respuesta a este interrogante. Las mujeres, dice en un himno Romano el Melode, son las primeras en ver al Resucitado porque una mujer, Eva, ¡fue la primera en pecar!. Pero la respuesta auténtica es otra: las mujeres fueron las primeras en verle resucitado porque habían sido las últimas en abandonar-le muerto e incluso

después de la muerte acudían a llevar aromas a su sepulcro (Mc 16,1).

Debemos preguntarnos por el motivo de este hecho: ¿por qué las mujeres resistieron al escándalo de la cruz? ¿Por qué se le quedaron cerca cuando todo parecía acabado e incluso sus discípulos más íntimos le habían abandonado y estaban organizando el regreso a casa?

La respuesta la dio anticipadamente Jesús cuando, contestando a Simón, dijo acerca de la pecadora que le había lavado y besado los pies: «¡Ha amado mucho!» (Lc 7, 47). Las mujeres habían seguido a Jesús por Él mismo, por gratitud del bien de Él recibido, no por la esperanza de hacer carrera después. A ellas no se les había prometido «doce tronos», ni ellas habían pedido sentarse a su derecha y a su izquierda en su reino. Le seguían, está escrito, «para servirle» (Lc 8, 3; Mt 27, 55); eran las únicas, después de María, su Madre, en haber asimilado el espíritu del Evangelio. Habían seguido las razones del corazón y éstas no les habían engañado.



Razones del corazón

En sí, la presencia de las mujeres junto al Crucificado y el Resucitado contiene una enseñanza vital para nosotros hoy. Nuestra civilización, dominada por la técnica, tiene necesidad de un corazón para que el hombre pueda sobrevivir en ella, sin deshumanizarse del todo. Debemos dar más espacio a las «razones del corazón» si queremos evitar que la humanidad vuelva a caer en una era glacial.


En esto, a diferencia de muchos otros campos, la técnica es de bien poca ayuda. Se trabaja desde hace tiempo en un tipo de ordenador que «piensa» y muchos están convencidos de que se logrará. Pero nadie hasta ahora ha proyectado la posibilidad de un ordenador que «ame», que se conmueva, que salga al encuentro del hombre en el plano afectivo, facilitándole amar, como le facilita calcular las distancias entre las estrellas, el movimiento de los átomos y memorizar datos...

A la potenciación de la inteligencia y de las posibilidades cognitivas del hombre no le sigue con el mismo ritmo, lamentablemente, la potenciación de su capacidad de amor. Esta última, más bien, parece que no cuenta nada, aunque sabemos muy bien que la felicidad o la infelicidad en la tierra no dependen tanto de conocer o no conocer, sino de amar o no amar, de ser amado o no ser amado. No es difícil entender por qué estamos tan ansiosos de incrementar nuestros conocimientos y tan poco de aumentar nuestra capacidad de amar: el conocimiento se traduce automáticamente en poder, el amor en servicio.

Una de las idolatrías modernas es la del «IQ», el «coeficiente intelec-

tual». Existen varios métodos para medirlo. ¿Pero quién se preocupa de tener en cuenta también el «coeficientes del corazón»? Sin embargo sólo el amor redime y salva, mientras que la ciencia y la sed de conocimiento, solas, pueden llevar a la condenación. Es la conclusión del Fausto de Goethe y es también el grito que lanza el cineasta que hace clavar simbólicamente al suelo los preciosos volúmenes de una biblioteca y hace exclamar al protagonista que «todos los libros del mundo no valen lo que una caricia». Antes que

ellos, San Pablo había escrito: «La ciencia hincha, el amor en cambio edifica» (1 Co 8,1).

Después de tantas eras que han tomado nombre del hombre - homo erectus, homo faber, hasta el homo sapiens-sapiens, o sea, el sapientísimo de hoy-, es deseable que se abra por fin, para la humanidad, una era de la mujer: una era del corazón, de la compasión, y que esta tierra deje ya de ser «la pequeña tierra que nos hace tan feroces». 



Salvación de la mujer

De todo lugar brota la exigencia de dar más espacio a la mujer. Nosotros no creemos que el eterno femenino nos salvará. La experiencia diaria demuestra que la mujer puede «elevarnos», pero que también puede hacernos caer. También ella tiene necesidad de ser salvada por Cristo. Pero es cierto que, una vez redimida por Él y «liberada», en el plano humano, de antiguas discriminaciones, ella puede contribuir a salvar nuestra sociedad de algunos males arraigados que se ciernen amenazantes: violencia, voluntad de poder, aridez espiritual, desprecio de la vida...

Sólo hay que evitar repetir el antiguo error gnóstico según el cual la mujer, para salvarse, debe dejar de ser mujer y transformarse en hombre. El prejuicio está tan enraizado en la cultura que las propias mujeres han acabado, a veces, por sucumbir a él. Para afirmar su dignidad, han

creído necesario asumir actitudes masculinas, o bien minimizar la diferencia de sexos, reduciéndola a un producto de la cultura. «Mujer no se nace, sino que se hace», dijo una de sus ilustres representantes.

¡Qué agradecidos tenemos que estar a las «piadosas mujeres»! A lo largo del camino al Calvario, sus sollozos fueron el único sonido amigo que llegó a oídos del Salvador; sobre la cruz, sus «miradas» fueron las únicas que se posaron con amor y compasión en Él.

La liturgia bizantina ha honrado a las piadosas mujeres dedicándoles un domingo del año litúrgico, el segundo después de Pascua, que toma el nombre de «domingo de las Miróforas», esto es, de las portadoras de aromas. Jesús está contento de que se honren en la Iglesia a las mujeres que le amaron y creyeron en Él en vida. Sobre una



Hay que evitar repetir el antiguo error gnóstico según el cual la mujer, para salvarse, debe dejar de ser mujer y transformarse en hombre.

de ellas -la mujer que vertió en su cabeza un frasco de unguento perfumado- hizo esta extraordinaria profecía, puntualmente cumplida en los siglos: «Dondequiera que se proclame este Evangelio, en el mundo entero, se hablará también de lo que ésta ha hecho para memoria suya» (Mt 26,13).

Esperanza de un mundo más humano

«Ellas partieron a toda prisa del sepulcro, con miedo y gran gozo, y corrieron a dar la noticia a sus discípulos» (Mt 28, 8). Mujeres cristianas, sigan llevando a los sucesores de los apóstoles y a nosotros, sacerdotes y colaboradores suyos, el gozoso anuncio: «¡El Maestro está vivo! ¡Ha resucitado! Los precede en Galilea, o sea, ¡dondequiera que vayan!». Continúen el antiguo cántico que la liturgia pone en boca de María Magdalena: «Muerte y vida se han enfrentado en un prodigioso duelo: el Señor de la vida estaba muerto, pero ahora está vivo y reina».

La vida ha triunfado, en Cristo, sobre la muerte, y así sucederá un día también en nosotros. Junto a todas las mujeres de buena voluntad, ustedes son la esperanza de un mundo más humano.

A la primera de las «piadosas mujeres» e incomparable modelo de éstas, la Madre de Jesús, repetimos una antigua oración de la Iglesia: «Santa María, socorre a los pobres, sostén a los frágiles, conforta a los débiles: ruega por el pueblo, intervéen por el clero, intercede por el devoto sexo femenino».



De todo lugar brota la exigencia de dar más espacio a la mujer.


BSCAM

Anunciadoras de la Buena Noticia

Las piadosas mujeres no están sólo para admirar y honrar, sino también para imitar. San León Magno dice que «la pasión de Cristo se prolonga hasta el final de los siglos» y Pascal ha escrito que «Cristo estará en agonía hasta el fin del mundo». La Pasión se prolonga en los miembros del cuerpo de Cristo. Son herederas de las «piadosas mujeres» las muchas mujeres, religiosas y laicas, que permanecen hoy al lado de los pobres, de los enfermos de Sida, de los encarcelados, de los rechazados de cualquier tipo por parte de la sociedad. A ellas -creyentes o no creyentes- Cristo repite: «A mí me lo hicisteis» (Mt 25, 40).

No sólo por el papel desempeñado en la pasión, sino también por el de la resurrección, las piadosas mujeres son ejemplo para las mujeres cristianas de hoy. En la Biblia se encuentran, de un extremo a otro, los «¡ve!» o los «¡vayan!», esto es, los envíos por parte de Dios. Es la palabra dirigida a Abrahán, a Moisés («Ve, Moisés, a la tierra de Egipto»), a los profetas, a los apóstoles: «Vayan por todo el mundo, prediquen el Evangelio a toda criatura».

Todos son «¡vayan!» dirigidos a los hombres. Existe un solo «¡vayan!» dirigido a las mujeres, el que se dijo a las miróforas la mañana de Pascua: «Entonces les dijo Jesús: "Vayan, avisen a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán"» (Mt 28, 10). Con estas palabras las constituía en primeros testigos de la resurrección, «maestras de maestros», como las llama un antiguo autor .

Es una pena que, a causa de la equivocada identificación con la mujer pecadora que lava los pies de Jesús (Lc 7, 37), María Magdalena haya acabado por alimentar infinitas leyendas antiguas y modernas y haya entrado en el culto y en el arte casi sólo en calidad de «penitente», más que como primer testigo de la resurrección, «apóstol de los apóstoles», como la define Santo Tomás de Aquino. 



Constituidas en primeros testigos de la resurrección.



Benedicto XVI invita a profundizar en el papel de la mujer

Afirma experta de la Conferencia de Aparecida

Según la profesora Sandra Ferrreira Ribero, experta en la V Conferencia general del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, en su discurso de apertura de la reunión eclesial, Benedicto XVI indicó la pista de la profundización del papel de la mujer en la sociedad y en la Iglesia.

Ribero, física, teóloga y especialista en Sociología de la Religión, coordinadora nacional del Movimiento de los Focolares en Brasil, recordó en la rueda de prensa del 15 de mayo que el Papa reconoció algo de machismo en las sociedades latinoamericanas.

De hecho, el Papa afirma en su discurso que «en algunas familias de América Latina persiste aún por desgracia una mentalidad machista, ignorando la novedad del cristianismo que reconoce y proclama la igual dignidad y responsabilidad de la mujer respecto al hombre».

«Es verdad que el Santo Padre subrayó ese aspecto hablando de la familia. Pero obviamente esa profundización del discurso sobrepasa el ámbito familiar», afirmó la experta.

Ribero destacó también que el hecho de que el discurso del Papa se sitúe en el inicio de la V Conferencia indica que se trata de una pista de reflexión».

«Juan Pablo II ya había subrayado el genio femenino, como él lo llamó. Como la Iglesia es una realidad muy rica, puede ser vista desde varios perfiles. El perfil mariano de la Iglesia

fue históricamente muy poco considerado, y eso es un desafío hoy».

Según la experta de la teología de Hans Urs von Balthasar y del Magisterio de Juan Pablo II se aprende que el perfil mariano es tan fundamental para la Iglesia como el perfil apostólico-petrino.

«María es la reina de los apóstoles sin pretender para sí los poderes apostólicos. Cualquier reflexión sobre el feminismo, sobre el papel de la mujer en la Iglesia y en la sociedad debe partir de una mariología más profundizada», dijo.

«Normalmente, cuando se piensa en el papel de la mujer en la Iglesia, se piensa enseguida en el sacerdocio femenino, pero no es eso». Según ella, eso es un «detalle insignificante» y un error, ante una «misión mucho mayor que se abre a la mujer», destacó.

«El papel de la mujer es prácticamente el papel de María en la Iglesia y en la sociedad», dijo la experta.

Según la profesora, María es la laica por excelencia, por tanto es también la discípula de Cristo por excelencia.

En ese sentido, la experta afirmó que un gran camino de actuación y profundización del perfil mariano en la Iglesia se abre en los nuevos movimientos eclesiales, realidades en las que los laicos se destacan y se forman bajo un nuevo impulso en los días de hoy.

Zenit



BSCAM

«El papel de la mujer es prácticamente el papel de María en la Iglesia y en la sociedad»

Madre Teresa de Calcuta

1910-1997

"De sangre soy albanesa. De ciudadanía, India. En lo referente a la fe, soy una monja católica. Por mi vocación, pertenezco al mundo. En lo que se refiere a mi corazón, pertenezco totalmente al Corazón de Jesús". De pequeña estatura, firme como una roca en su fe, a Madre Teresa de Calcuta le fue confiada la misión de proclamar la sed de amor de Dios por la humanidad, especialmente por los más pobres entre los pobres.



"Dios ama todavía al mundo y nos envía a ti y a mí para que seamos su amor y su compasión por los pobres". Fue un alma llena de la luz de Cristo, inflamada de amor por Él y ardiendo con un único deseo: "saciar su sed de amor y de almas".

Esta mensajera luminosa del amor de Dios nació el 26 de agosto de 1910 en Skopje, una ciudad situada en el cruce de la historia de los Balcanes. Era la menor de los hijos de Nikola y Drane Bojaxhiu, recibió en el bautismo el nombre de Gonxha Agnes,.

Cuando tenía dieciocho años, animada por el deseo de hacerse misionera, Gonxha dejó su casa en septiembre de 1928 para ingresar en el Instituto de la Bienaventurada Virgen María, conocido como Hermanas de Loreto, en Irlanda. Allí recibió el nombre de Hermana María Teresa (por Santa Teresa de Lisieux). En el mes de diciembre inició su viaje hacia India, llegando a Calcuta el 6 de enero de 1929. Después de profesar sus primeros votos en mayo

de 1931, la Hermana Teresa fue destinada a la comunidad de Loreto Entally en Calcuta, donde enseñó en la Escuela para chicas St. Mary. El 24 de mayo de 1937, la Hermana Teresa hizo su profesión perpetua, convirtiéndose entonces, como ella misma dijo, en "esposa de Jesús" para "toda la eternidad". Desde ese momento se la llamó Madre Teresa. Continuó enseñando en St. Mary, convirtiéndose en directora del centro en 1944. Al ser una

persona de profunda oración y de arraigado amor por sus hermanas religiosas y por sus estudiantes, los veinte años que Madre Teresa transcurrió en Loreto estuvieron impregnados de profunda alegría. Caracterizada por su caridad, altruismo y coraje, por su capacidad para el trabajo duro y por un talento natural de organizadora, vivió su consagración a Jesús entre sus compañeras con fidelidad y alegría.

El 10 de septiembre de 1946, durante un viaje de Calcuta a Darjeeling para realizar su retiro anual, Madre Teresa recibió su "inspiración," su "llamada dentro de la llamada". Ese día, de una manera que nunca explicaría, la sed de amor y de almas se apoderó de su corazón y el deseo de saciar la sed de Jesús se convirtió en la fuerza motriz de toda su vida. Durante las sucesivas semanas y meses, mediante locuciones interiores y visiones, Jesús le reveló el deseo de su corazón de encontrar "víctimas de amor" que "irradiasen a las almas su amor". "Ven y sé mi luz", Jesús le suplicó. "No puedo

ir solo". Le reveló su dolor por el olvido de los pobres, su pena por la ignorancia que tenían de Él y el deseo de ser amado por ellos. Le pidió a Madre Teresa que fundase una congregación religiosa, Misioneras de la Caridad, dedicadas al servicio de los más pobres entre los pobres. Pasaron casi dos años de pruebas y discernimiento antes de que Madre Teresa recibiese el permiso para comenzar. El 17 de agosto de 1948 se vistió por primera vez con el sari blanco orlado de azul y atravesó las puertas de su amado convento de Loreto para entrar en el mundo de los pobres.

El 21 de diciembre va por vez primera a los barrios pobres de Calcuta. Visitó a las familias, lavó las heridas de algunos niños, se ocupó de un anciano enfermo que estaba extendido en la calle y cuidó a una mujer que se estaba muriendo de hambre y de tuberculosis. Comenzaba cada día entrando en comunión con Jesús en la Eucaristía y salía de casa, con el rosario en la mano, para encontrar y servir a Jesús en "los no deseados, los no amados, aquellos de los que nadie se ocupaba". Después de algunos meses comenzaron a unirse a ella, una a una, sus antiguas alumnas.

Numerosos premios, comenzando por el Premio Indio Padmashri en 1962 y de modo mucho más notorio el Premio Nobel de la Paz en 1979, hicieron honra a su obra. Al mismo tiempo, los medios de comunicación comenzaron a seguir sus actividades con un interés cada vez mayor. Ella recibió, tanto los premios como la creciente atención "para gloria de Dios y en nombre de los pobres".

Toda la vida y el trabajo de Madre Teresa fue un testimonio de la alegría de amar, de la grandeza y de la dignidad de cada persona humana, del valor de las cosas pequeñas hechas con fidelidad y amor, y del valor incomparable de la amistad con Dios. Pero existía otro lado heroico de esta mujer que salió a la luz sólo después de su muerte. Oculta a todas las miradas, oculta incluso a los más cercanos a ella, su vida interior estuvo marcada por la experiencia de un profundo, doloroso y constante sentimiento de separación de Dios, incluso de sentirse rechazada por Él, unido a un deseo cada vez mayor de su amor. Ella misma llamó "oscuridad" a su experiencia interior. La "dolorosa noche" de su alma, que comenzó más o menos cuando dio inicio a su trabajo con los pobres y continuó hasta el final de su vida, condujo a Madre Teresa a una siempre más profunda unión con Dios. Mediante la oscuridad, ella participó de la sed de Jesús (el doloroso y ardiente deseo de amor de Jesús) y compartió la desolación interior de los pobres.

Después de encontrarse por última vez con el Papa Juan Pablo II, volvió a Calcuta donde transcurrió las últimas semanas de su vida recibiendo a las personas que acudían a visitarla e instruyendo a sus Hermanas. El 5 de septiembre, la vida terrena de Madre Teresa llegó a su fin. El Gobierno de India le concedió el honor de celebrar un funeral de estado.

Santa Teresa Benedictina de la Cruz (Edith Stein)

Nació en Breslavia -hoy Wrocław- capital de la Silesia, una región de Alemania que pasó a Polonia después de la segunda guerra mundial, el 12 de octubre de 1891.

Sus padres, Sigfred y Auguste, dedicados al comercio, eran judíos. Edith fue la última de once hijos. Su padre murió el 1893 y su madre hubo de cargar con la dirección de la serrería y la educación de sus hijos.

La pequeña Edith escribió de sí misma que ella de niña era muy sensible, dinámica, nerviosa e irascible, pero que a los siete años ya empezó en ella a madurar un temperamento reflexivo.

En 1913 ingresó en la universidad de Gotingen y se dedicó al estudio de la fenomenología. Aquello era su vida: sus libros, sus compañeros, y, sobre todo, el célebre profesor E. Husserl. Durante este tiempo llega a un ateísmo casi total.

Estalla en 1914 la primera Guerra Mundial y Edith trabaja como enfermera en un hospital de cuatro mil camas. A esta obra se entrega de lleno.

El estudio de fenomenología hecho con seriedad le lleva al conocimiento profundo de la Iglesia católica y se bautiza el 1 de enero de 1922. El Dios o el Absoluto llena toda su alma: "Cristo se elevó radiante ante mi mirada; Cristo en el misterio de la Cruz". Su encuentro definitivo fue en 1921 leyendo la Autobiografía de Santa Teresa.

Al ser bautizada, recibió el nombre de Teresa Edwig. A sus 42 años, 1934, fiesta del Buen Pastor, viste el hábito carmelita en el convento de Colonia.

Su familia rompe con ella. El domingo de Pascua de Resurrección de 1935 emite sus votos religiosos y tres años después, aquel mismo día, sus votos perpetuos. Su vida será ya una "Cruz" convertida en "Pascua".



Pronto se enrarece la atmósfera en Alemania. Los nazis odian al pueblo judío. Ella presagia la suerte que le espera. Quieren salvarla haciendo que huya a Holanda. El 22 de julio de 1942 miembros de las SS se presentan en el convento y apresan a Sor Benedicta y a Su hermana Rosa.

Después de varios tormentos, en el horno de gas del "infierno de Auschwitz" moría la mártir de la Cruz, Sor Benedicta.

Además de en su vida -siempre auténtica y generosa, tanto cuando era creyente y practicante judía como cuando se alejó de la fe, y, sobre todo, cuando se convirtió después y abrazó la vida del Carmelo- su espiritualidad se manifiesta, sobre todo, en sus maravillosos y profundos escritos. Estos son los principales: Ser infinito y eterno; La ciencia de la Cruz; Caminos para el conocimiento de Dios; Teresa de Jesús; El Misterio de Navidad; Las Bodas del cordero; La oración de la Iglesia; Ave Crux... Todas ellas arrancan del primer encuentro que tuvo con Cristo.

Alguien ha escrito de la misión de Edith Stein: "Su figura, su oración y su trabajo, su silencio y su pasión, su postrera marcha hacia el oriente, no desaparecerán fácilmente de la memoria de las generaciones venideras, irradiando siempre espíritu de fortaleza y despertando anhelos por ahondar en la fe, en la esperanza y en el amor".

Claudia Angel

Una vida empapada de espiritualidad salesiana

Claudia Angel, joven abogada, jefe de unidad de investigación penal tributaria en el Ministerio de Hacienda de El Salvador, salesiana cooperadora y actualmente coordinadora de la Asociación de Salesianos Cooperadores de El Salvador.

Su sensibilidad espiritual comenzó a desarrollarse en los tres colegios católicos donde cursó sus estudios de primaria. La experiencia de su primera comunión despertó en ella una fuerte aspiración por la santidad.



BSCAM

A los 16 años tuvo la suerte de ingresar a un grupo juvenil en la Parroquia María Auxiliadora, de San Salvador. Fue la ocasión favorable para desarrollar un encuentro profundo con Jesús y María. Las visitas a los jóvenes reclusos en centros correccionales le desarrolló

la sensibilidad por los pobres, sobre todo los jóvenes.

En la pastoral juvenil llega pronto a roles de animación. Esta oportunidad le ayuda a crecer en el servicio a los jóvenes. Profundiza la espiritualidad salesiana, sobre todo la espiritualidad de lo cotidiano.

De los grupos juveniles salta a la Asociación de Salesianos Cooperadores. El salto le pareció natural, pues se sintió cómoda en su nuevo campo salesiano. Pronto le asignan tareas de animación a este nivel. Encuentra entusiasmante este servicio, que le permite estar cerca de sus hermanos Cooperadores y escucharlos.

La mortifica el alcance limitado de su función animadora, ya que se

debe limitar a la pura animación, sin ninguna acción directiva en los varios centros que la Asociación tiene en el país.

Considera como una bendición su pertenencia a Salesianos Cooperadores, pues percibe su vocación salesiana como vivir en una familia ampliada, con muchos hermanos y hermanas. Alguna vez se ha preguntado cómo sería su vida si no hubiera conocido a Don Bosco.

Sus responsabilidades laborales son exigentes, con frecuencia extenuantes. La espiritualidad salesiana vivida le permite estar cerca de sus colegas de trabajo y transmitirles su alegría. Es también fuente de paciencia para manejar adecuadamente los casos difíciles. Es entonces que funciona la mansedumbre y amorevolezza salesianas.

Con el personal a su cargo no se limita sólo a lo laboral. Cada viernes, a la hora del almuerzo, anima un grupo bíblico, que se dedica a leer y comentar el evangelio del día. A este encuentro también acude personal de otros departamentos, llegando a veces a reunirse hasta cincuenta personas.



Las primeras testigos de la resurrección

Desde el principio de la misión de Cristo, la mujer demuestra hacia él y hacia su misterio una sensibilidad especial, que corresponde a una característica de su femineidad.

Hay que decir también que esto encuentra una confirmación particular en relación con el misterio pascual; no sólo en el momento de la crucifixión sino también el día de la resurrección.

Las mujeres son las primeras en llegar al sepulcro. Son las prime-

ras que lo encuentran vacío. Son las primeras que oyen: «No está aquí, ha resucitado como lo había anunciado» (Mt 28, 6). Son las primeras en abrazarle los pies (cf. Mt 28, 9). Son igualmente las primeras en ser llamadas a anunciar esta verdad a los apóstoles (cf. Mt 28, 1-10; Lc 24, 8-11).

El Evangelio de Juan (cf. también Mc 16, 9) pone de relieve el papel especial de María de Magdala. Es la primera que encuentra a Cristo resucitado.

Por esto ha sido llamada «la apóstol de los apóstoles». Antes que los apóstoles, María de Magdala fue testigo ocular de Cristo resucitado, y por esta razón fue también la primera en dar testimonio de él ante los apóstoles.

Este acontecimiento, en cierto sentido, corona todo lo que se ha dicho anteriormente sobre el hecho de que Jesús confiaba a las mujeres las verdades divinas, lo mismo que a los hombres.

Juan Pablo II, *Mulieris Dignitatem*

Dolor en la India por el fallecimiento de la «Madre Teresa de las prisiones»

NUEVA DELHI- Con dolor ha recibido la Iglesia y la población reclusa en la India el fallecimiento, a los 73 años de edad, de Sor Carmelita, conocida en todo el país como la «Madre Teresa de las prisiones».

Consumida por una enfermedad incurable, la religiosa de la Congregación de Santa Ana murió el pasado 1 de mayo. «El “ángel de los detenidos” ha vuelto al cielo»: así comunica la noticia la Congregación vaticana para la Evangelización de los Pueblos a través de su órgano informativo «Fides».

Vivía en Bangalore, pero Sor Carmelita visitaba y mantenía contactos con numerosas instituciones de reeducación de todo el país.

Se caracterizó por su defensa incansable de los derechos y la dignidad de los detenidos, también en el terreno legislativo; fue promotora de peticiones y proyectos de ley para mejorar las condiciones de vida de los reclusos.

Estos, por su parte, frecuentemente reclamaban la presencia de Sor Carmelita para confiarle sus problemas, pedir asistencia y consuelo, o iniciar un itinerario de reeducación humana y un camino espiritual.

La religiosa decía que su labor se basaba en la escucha, y que sólo así podía proporcionar la adecuada atención a cada detenido.

A menudo estaba también en contacto con las familias y abogados de

los presos, de forma que contribuyó a resolver numerosos casos ligados a la privación de libertad ayudando a más de 1.200 detenidos a recuperarla, además de haber acompañado a miles de personas en prisión a un estado de libertad interior gracias al redescubrimiento de la relación con Dios y al don de la fe, matiza el órgano del dicasterio de la Santa Sede para las tierras de misión.

Sus hermanas de comunidad y otros fieles recalcan el ejemplo de servicio de Sor Carmelita hacia la vida del hermano pobre, desesperado, marginado, en quien la religiosa reconocía a Jesucristo. De hecho, en su labor recordaba siempre la frase del Señor: «Estaba en la cárcel y me visitaron».

Guardianas del mensaje evangélico

Las mujeres que se encuentran junto a Cristo se descubren a sí mismas en la verdad que él «enseña» y que él «realiza», incluso cuando ésta es la verdad sobre su propia «pecaminosidad».



BSCAM

Por medio de esta verdad ellas se sienten «liberadas», reintegradas en su propio ser; se sienten amadas por un «amor eterno», por un amor que encuentra la expresión más directa en el mismo Cristo.

Estando bajo el radio de acción de Cristo su posición social se transforma; sienten que Jesús les habla de cuestiones de las que en aquellos tiempos no se acostumbraba a discutir con una mujer.

Un ejemplo, en cierto modo muy significativo al respecto, es el de la Samaritana en el pozo de Siquem. Jesús —que sabe en efecto que es pecadora y de ello le habla— dialoga con ella sobre los más profundos misterios de Dios. Le habla del don

infinito del amor de Dios, que es como «una fuente que brota para la vida eterna» (Jn 4, 14); le habla de Dios que es Espíritu y de la verdadera adoración, que el Padre tiene derecho a recibir en espíritu y en verdad (cf. Jn 4, 24); le revela, finalmente, que Él es el Mesías prometido a Israel (cf. Jn 4, 26).

Estamos ante un acontecimiento sin precedentes; aquella mujer —que además es una «mujer-pecadora»— se convierte en «discípula» de Cristo; es más, una vez instruida, anuncia a Cristo a los habitantes de Samaria, de modo que también ellos lo acogen con fe (cf. Jn 4, 39-42).

Juan Pablo II, *Mulieris Dignitatem*